

DE LA ILUMINACIÓN LULIANA A LA FUNDACIÓN DEL MONASTERIO DE MIRAMAR

“Cuando pienso que la Señora, llena de amor y valor, dueña de justos y pecadores, y que todos los santos ruegan a nuestro Señor para que todo el mundo honre a Jesucristo, y veo que el mundo le hace tanta deshonra, entonces me siento morir de pesar y tristeza. Imagino que, por ser los hombres tan malvados e indignos, Dios casi no quiere ya que nadie ruegue por ellos; y de esta manera queda el mundo en su deprecable error; y no se halla apenas hombre alguno sobre la tierra que quiera alabar a Dios, antes cada uno se alaba sólo a sí mismo, a su hijo, a su caballo, a su halcón y a sus cosas. ¿Quién, pues, podrá alegrarse de cosa alguna? ¿Quién podrá dejar de entristecerse”. Así se expresaba Ramon Llull en su dramático “*Desconsuelo*”, patética serie de confesiones escritas ya en la vejez, al comprobar que el enorme dinamismo desplegado por su persona no había encontrado el eco apetecido. Ramon Llull, genial e insólita figura, irrepetible y única, se impuso a sí mismo los más difíciles objetivos tras su conversión.

Súbitamente y tras una serie de visiones de Cristo crucificado, su anterior vida le aparece vacía, absurda y carente de sentido. Las alegrías de juglar cortesano y los placeres del amor ya no le complacen. Nuevos objetivos se perfilan en el horizonte de la biografía luliana, lejanos, inaccesibles, altísimos. Consagrándose a ellos por entero, Llull demostrará hasta qué extremos increíbles puede llegar la actividad intelectual y biográfica de una sola persona, cuando se considera a sí mismo un elegido, una persona que debe desempeñar una misión trascendente y necesaria.

Lejos, muy lejos, quedan las peripecias vitales que hasta su conversión habían orientado su existencia. Tanto es así que Llull se reprochará a sí mismo, amargamente, y con excesiva dureza, su pasado. Incluso llegará a sospechar que su fracaso se debe a su pasado libertino:

“No digo que no haya pecado mortalmente muchas veces, pero heme confesado de ello. Desde la hora en que Jesucristo se me apareció crucificado, según tengo dicho, y confirmó mi querer con su amor, no caí jamás, a sabiendas, en pecado mortal. Puede ser que por lo que hice,

siendo ciego y amante de las vanidades del mundo, no me vea ahora ayudado por Jesucristo en el bien que proyecto; empero, injuria me haría Dios si no me ayudase, porque le amo, y por su amor he dejado el mundo" (*El Desconsuelo*).

Cuando se siente tocado por la gracia divina, Llull lo abandona todo, con generosidad que sólo puede nacer del más íntimo convencimiento. Porque Llull cree que no habla por sí mismo, sino que Dios se manifiesta en sus obras. Por ello no puede concederse tregua ni descanso, porque su "negocio", como él lo llama reiteradamente, no es, a fin de cuentas, un asunto particular, sino un debate trascendental, un encargo divino que él debe desarrollar y llevar a buen puerto. Llull es, básicamente, un profeta de su "Ars" y porque lo sabe encuentra la energía suficiente para desarrollar una actividad incansable, que incluye viajes, predicaciones, discusiones con los infieles, detenciones, asistencias a los Concilios, súplicas a los Papas y la redacción de docenas de obras, poéticas unas, literarias otras, filosóficas, teológicas o científicas las demás, y siempre sobre el mismo tema: la grandeza de Dios, el modo como su poder se refleja en todas las cosas creadas, la superioridad de los dogmas cristianos, la posibilidad de demostrarlos racionalmente, y ante todo, y como tema central, la utilidad del "Ars" revelado por voluntad divina para servir a tales fines.

Como todos los profetas, Llull no habla en su nombre. El es tan sólo el espejo en que se reflejan las intenciones divinas. Un numinosum se expresa a través de sus obras. Y él es el elegido, el destinado a dar forma al "Ars", el responsable de su desarrollo, aceptación y éxito. Con sus libros, dice en *El Desconsuelo*, se podría "poner al mundo en buen estado". Y al comprobar que pese a todos sus esfuerzos la semilla no ha germinado, Ramon se desespera y lamenta de este modo: "Oh Señor glorioso! ¿Hay en el mundo martirio como el que sufro, cuando veo que no os puedo servir ni tengo quien me ayude? ¿Cómo quedará este Arte que me disteis, de la cual puede seguirse tanto bien? Mucho temo que, después de mi muerte, no se pierda; porque, según veo, ningún hombre la sabe cual yo quisiera, sin que pueda obligar a que la oigan, ¡Ay, triste de mí! Si ella se pierde, ¿qué os podré decir, Señor, a vos, que me la disteis para que la extendiese?" (*El Desconsuelo*, XXXV).

Llull es, en consecuencia, un iluminado. En términos psicológicos, un poseído por la inflación psíquica. Ha contactado con los estratos más profundos del inconsciente, con los símbolos centrales que expresan el desarrollo absoluto de la personalidad: los símbolos del Sí Mismo jun-

guiano. Llull ya no es tan sólo su yo y su conciencia, sino el altavoz del inconsciente colectivo, el hombre que posee y es poseído por los símbolos religiosos que contienen la más alta numinosidad. Los símbolos que expresan la existencialidad misma de los seres. No en vano el "Ars" luliano adapta la forma circular mandálica. El Arte luliano es una visión, un símbolo que emerge súbitamente del inconsciente para compensar y estabilizar a una conciencia momentáneamente disipada y posiblemente unilateral. Es un "símbolo de transformación", según la expresión junguiana. Está cargado de energía y tiene el poder de movilizar todos los resortes psíquicos para la acción. Y así será. El enorme caudal del dinamismo energético luliano se dispara tras sus visiones: primero, Cristo crucificado apareciéndosele reiteradamente, como una clara advertencia de que la vida luliana debe cambiar; luego, el símbolo mandálico, el "Ars", el círculo que expresa el orden, la serenidad, la totalidad y el equilibrio. Llull responde a la llamada, y lo hace de modo genial y absoluto, casi desproporcionado. Muy posiblemente, el símbolo le rebasa y es incapaz de asimilarlo e integrarlo. Permanece fuera de él, como una manifestación divina, como una permanente incitación a la acción.

La visión del "Ars" es un contenido psíquico proyectado en el exterior y allí permanecerá, siempre, distante, y Llull correrá tras él, infatigable, persiguiéndose a sí mismo, durante todo su periplo vital. Dispuesto a propagar la fe cristiana y a rebatir las tesis de infieles y herejes, Llull se propone una serie de objetivos, perfectamente delimitados. Destacan entre ellos la redacción de un libro que fuese el mejor del mundo, una prueba definitiva de la verdad del cristianismo, y la fundación de Colegios de Lenguas Orientales destinados a la formación de misioneros. Por ambos senderos obtendrá frutos parciales, aunque no definitivos.

El intento de concebir esa obra trascendente, en lucha contra las concepciones averroistas y pseudoaverroistas, será el factor que conducirá a la redacción de docenas de libros, con los que Llull intentará, por distintos procedimientos, alcanzar la meta que se propone. Aunque centrados fundamentalmente en la idea del "Ars", se estructurarán también de modo totalmente independiente en varias ocasiones; así, en *"El Arbol de la Ciencia"* y en *"Libro del Ascenso y Descenso del Entendimiento"*, donde el símbolo mandálico deja lugar a los símbolos del árbol y de la escalera, respectivamente.

Posiblemente no existirá jamás un acuerdo absoluto sobre el valor de la obra luliana. Considerado por muchos como un pensador genial, original y de indudable valía, precursor, entre otras cosas, de las técnicas

combinatorias, ha sido también juzgado de superficial enciclopedista, visionario y charlatán. Las polémicas no han faltado en España. Basta recordar a Feijóo y a Weyler Laviña, que protagonizaron, en los siglos XVIII y XIX, fortísimos ataques contra la obra luliana. Pero acaso ésta no pueda ser, a la postre, alabada ni criticada; debe ser asumida y sentida. Para quien así proceda, y comparta las peculiares coordenadas existenciales del lulismo, Llull será siempre un valor impercedero. A fin de cuentas se limitó a recorrer un sendero que en cierto modo ya estaba trazado, por el que han caminado muchos santos, pensadores y teólogos cristianos. Por el contrario, a los observadores que contemplen con distanciamiento el opus luliano, a las personas alejadas del ámbito cristiano, a cuantos no "sienten" vitalmente sus símbolos, el enorme esfuerzo luliano parecerá siempre desproporcionado y lejano, incongruente y absurdo, carente, incluso, de valor y sentido. Sólo la psicología profunda puede ayudarnos a comprender la obra y la vida de los hombres que, como Llull, lo abandonaron todo, desde su familia al sentido común y a la lógica, para vivir en aras de un símbolo, al que dedicaron todas sus energías, convirtiéndose en seres sorprendentes y fantásticos. No en vano Llull se llamaba a sí mismo "el más fantástico de los fantásticos".

El fracaso luliano, por él mismo reconocido, no terminó con su muerte. Si en vida no vio cumplidos sus propósitos, la muerte no le concedió ni tan siquiera que sus desvelos fueran recompensados a título oficial y póstumo. Increíble aventura intelectual y espiritual, el lulismo fue la principal víctima de sus propias paradojas y de su desmedida ambición. Si Llull se hubiese limitado a cantar místicamente a su Dios, hubiese sin duda alcanzado la santidad.

Acaso también hubiese logrado este objetivo de haber construido un sistema filosófico coherente y riguroso, al gusto de la escolástica de su tiempo. Estos son los méritos de Tomás de Aquino y Llull le aventaja con creces por su generoso apostolado. Pero el mismo anhelo de unidad tan ardientemente perseguido por Ramon Llull, terminó siendo la principal causa de su fracaso; se estrelló ante la realidad de una vida que no aceptó doblegarse a sus deseos. La multiplicidad de los fenómenos vitales y la innegable variedad de los procesos filosóficos y científicos no se acomodaron al intento unitario acometido por Llull. Místico, filósofo y teólogo, intelectual y sentimental al mismo tiempo, no obtuvo los frutos y honores que sin duda hubiese alcanzado si hubiera cultivado tan sólo uno de los aspectos de su personalidad, acaso exhuberante en exceso.

Sin embargo, no deja de ser paradójico que haya sido maltratado por una religión que premia precisamente al idealismo y no al triunfo material; por una religión cuyo símbolo central es el Hijo de Dios crucificado por los hombres que intentaba redimir. Parecería lógico que Llull hubiese obtenido mejor trato, pues si tanto filosófica como científicamente pueden censurársele graves errores y omisiones, no parece que la religión pueda hacer lo mismo.

Hay que reconocer, sin embargo, que la Iglesia pueda objetar, contra el lulismo, un argumento de peso: la inoportunidad histórica de los planteamientos lulianos. Nacido unos siglos antes, cuando el platonismo era la filosofía dominante en Occidente, hubiese sido aceptado por la Iglesia con facilidad. En aquel entonces, la religión cristiana podía permitirse el lujo de aducir como argumento su propia fe, puesto que no se sentía amenazada por una filosofía capaz de esgrimir la lógica y la dialéctica contra los dogmas cristianos. Pero la obra luliana se produjo demasiado tarde, cuando el neoplatonismo estaba siendo progresivamente desplazado por el aristotelismo, mucho más lógico y cerebral. La obra de Sto. Tomás puede merecer muchas críticas, pero ofrecía a la Iglesia lo que ésta necesitaba: argumentos de peso contra quienes la combatían. Además, y esto es posiblemente lo más importante, neutralizaba los aspectos no cristianos del aristotelismo, despojándolo de su poder corrosivo y encuadraba la dialéctica aristotélica en el seno del pensamiento oficial de la Iglesia. No puede extrañarse que la Iglesia católica haya convertido a Sto. Tomás en su Doctor por antonomasia, puesto que llevó a cabo una hazaña cuyo paralelo actual sería la neutralización de la dialéctica marxista y su inclusión dentro del pensamiento cristiano.

El tomismo servía para los objetivos que perseguía y podía enfrentarse con mayor o menor éxito, pero sin caer en el ridículo, a las críticas racionalistas surgidas del ateísmo y del agnosticismo. Por el contrario, el ejemplarismo y el voluntarismo lulianos resultaban improcedentes e inadecuados en una época en que la religión tuvo que aprender, para sobrevivir, a ser razonable y coherente, además de simbólica y numinosa. La empresa luliana, tan meritoria desde el punto de vista ideal, no servía a los intereses materiales de la Iglesia, obligada a pactar con la realidad para conservar su poder temporal. Llull fue, desde este punto de vista, víctima de esta peculiar encrucijada histórica.

Juzgar a los hombres por la verdad contenida en su vida y en su obra, es tarea difícil y quizás vana y disparatada. ¿Qué es la verdad? Acaso su historia, pues con el paso del tiempo dista mucho en llegarse a

un acuerdo en tan delicada cuestión. Aunque más humilde y relativo, es probablemente más honesto y científico valorar a cada cual por la impronta que dejó en su propia época y en la historia, por el modo como supo dejar testimonio de su vida, hablándonos de la increíble complejidad del fenómeno humano. Desde ese punto de vista, Llull es inmortal, y eso, a mi parecer, ya le justifica y premia con creces. A él, amargado en los últimos años de su vida por el escaso eco que habían encontrado sus doctrinas, a él, tenaz defensor de unos ideales a los que no pudo ofrecer el éxito que perseguía. Pero su vida y su obra están ahí, como pruebas de su esfuerzo. Del mismo modo como consiguió que Jaime II le autorizase para llevar a la práctica uno de sus más preciados sueños: la fundación en Miramar de un Colegio donde trece frailes estudiaban permanentemente, preparándose y capacitándose para su futuro apostolado. El número tenía un significado simbólico: había trece frailes menores en recuerdo de Jesús y de los Doce Apóstoles. Su dotación era de 500 florines de oro anuales y se sabe que el propio Llull dirigía personalmente la Escuela y que el Papa Juan XXI aprobó el proyecto en 1276. Todavía existía en 1292; después fue cerrado, lo que dolió enormemente a Llull, que exclama en *"El Desconsuelo"*: "¡Perdone Dios a quien lo perturbó!".

La génesis del Colegio arranca de la conversión e iluminación luliana. Sin ella hubiera sido imposible. Los símbolos a los que Llull consagró su vida no se impusieron, pero sí generaron una enorme energía, que movilizó hombres y voluntades, promovió estudios y levantó un Monasterio, como más tarde alzaría otros edificios destinados a estudiar y propagar las ideas lulianas. He aquí una clara demostración de que los símbolos distan mucho de ser estáticos, de que no son secundarios, sino que pueden ser el norte y la guía de toda una vida, tanto individual como colectiva. Los símbolos no son arcaicos factores psíquicos en desuso, sustituidos por el razonamiento conceptual, por la reflexión y por el yo. Son una parte de la personalidad, fundamental en la dialéctica psíquica cotidiana. Cada día, a menudo sin que lo percibamos — pues el hombre suele tomar por realidades físicas sus mitos del presente — actúan en nosotros. Llull no fue en esto una anómala excepción, sino un caso singular y arquetípico. Su fe no alcanzó todos sus objetivos, pero su empeño no debe considerarse totalmente infructífero. La misma existencia del Monasterio de Miramar demuestra que el empeño luliano, que produjo tantos disgustos a su autor, también dio frutos. Y acaso es eso lo que cuenta y permanece.